

«Música a lo lejos» es un bello libro que nos introduce sin esfuerzo por una puerta cualquiera de la vida íntima de ese inmenso y bello país que es el Brasil.—LUIS DURAND.



<https://doi.org/10.29393/At299-20DNAD10020>

DOS NUEVOS LIBROS DE JUAN MARÍN, por *Antonio de Undurraga*

La editorial Emecé de Buenos Aires, acaba de publicar en un volumen de 364 páginas el libro de Juan Marín intitulado: «Mesa de Mah-Jong», que reúne una muy larga y variada colección de crónicas sobre China y el lejano Oriente.

No cabe la menor duda que Juan Marín a esta altura de su vida, intelectualmente, es un personaje ubicuo. Al iniciarse como médico le tocó explorar fisiológica y anatómicamente el cuerpo humano; luego, su inmensa inquietud, no halló reposo en estos estudios y se desplazó hacia el psicoanálisis; pero tampoco le bastó el psicoanálisis: se convirtió en viajero infatigable y se dió a la tarea de cazar, de abrazar geográfica y espiritualmente al mundo. Para ello, navegó en embarcaciones de todos los tipos los canales australes de Chile—ese ajedrez cósmico y temible—conjuntamente fué aviador, ávido de vivir en el mismo aire la estética mecanicista; luego fué en misión a Europa, amó por sobre todo París y la ciudad de Edinburgo; después, algo después—por el hecho que Chile tarde o temprano reconoce las virtudes de sus hijos—un Presidente le hizo diplomático y, desde entonces, su odisea por el Japón, China, Indochina, Egipto e India (sin olvidar Centroamérica y la tierra de los mayas) se ha tornado una convivencia cuantiosa con la cultura, con el arte y con el mundo.

Mirar la efigie de Juan Marín con ojos sudamericanos causa admiración y sorpresa y su figura es símbolo de la madurez de Chile. Hay en él un autodomínio de sí mismo, una infatigable capacidad de trabajo, una cultura profunda, al margen de in-

finidad de prejuicios y limitaciones que son el pan de cada día en América del Sur, que, por sí mismas, son cualidades que mueven al elogio y al ejemplo. Y «Mesa de Mah-Jong» no es sino la última etapa editorial de sus fructuosos viajes y de su estada en China. Como Azorín, este autor ha tenido que meditar un estilo simple, justo, de gran economía sintáctica, para vencer al tiempo y al espacio, pues muchas de sus crónicas han sido escritas tanto en los barcos y trenes, como aviones en vuelo. Juan Marín ha sabido quebrar o superar, con gracia, el sentido imperial y rumboso de la lengua hispana, para hacerla breve, ágil, lacónica. Y todo ello, sin arrodillarla ni menoscabarla; quitarle las armaduras y dejarla viva: he aquí el problema para que el idioma español pueda competir con el inglés en los acelerados tiempos de hoy.

«Mesa de Mah-Jong» trae muchas crónicas deliciosas y las impresiones son más vívidas, más directas que en su obra anterior «El Alma de China» en donde el viajero va más íntimamente de la mano del ensayista. Pero no se crea que en esta última recopilación está ausente—como bien lo ha anotado Guillermo de Torre al comentar el libro—la tarea del bibliófilo junto al viajero. Mas, «Mesa de Mah-Jong» en algo contradice a la obra antedicha: en efecto, Juan Marín, definitivamente, ha visto que China no es cristiana; y que su incultura científica—al tratar de la medicina—es demasiado grande. Tal vez hubo en sus apreciaciones anteriores algún optimismo de procedencia misionera. Pero sea como fuere, hay en Juan Marín un poeta que vive intensamente, sus grandes travesías terrestres.

* * *

En «Cuentos de Viento y Agua», el último de sus libros («Nascimento», Santiago de Chile, 1949, volumen de 236 págs.), tenemos otra faceta capital de su alta vocación literaria: la del cuentista. La obra está integrada por 14 cuentos y a través de

ellos se ven—como en una radiografía—los desplazamientos y las líneas estéticas que el escritor prefiere. En un plano está el mar, pero el mar en función dramática de la vida y de la lucha por la vida: como en los cuentos «Puerto Negro», «Mar Pacífico», «Puerto las Animas», «En el Límite» y «Tifón», todos de muy alta jerarquía creadora; en otro plano está—aunque a veces se funde con el anterior—su don fantástico, metafísico y culto—algo similar al de Jorge Luis Borges—como ser en los relatos: «El hombre de Medianoche», «El Hombre del Funeral» y «El Techo del Mundo», con sabrosos desplazamientos hacia lo humorístico. En esta misma línea hay también otros relatos, pero nos parecen inferiores a los mentados. Finalmente, hay en Juan Marín, un tercer plano, intensamente trágico, humano y realista, y que en este libro lo constituyen sus cuentos: «El curco Meléndez» y «La Cacería de un hombre». Tal vez ninguno sea tan puro y marinesco como «Puerto las Animas» o «La Cacería de un hombre». En «El Techo del Mundo», pese a su buen humor, hay un pesimismo trascendental, en el destino del hombre, que hubiésemos preferido no hallar. Pero, sin género de dudas, el volumen nos da la sensación que Juan Marín es uno de los grandes cuentistas de hoy en suelo de América.

Finalmente, trae el libro un prólogo fraternal y ecuménico, del notable escritor centroamericano Juan Felipe Toruño, que abre amplio margen para futuras investigaciones.

Buenos Aires, febrero de 1950.



«MAMITA YUNAI», por C. Luis Fallas.—Edit. Nascimento, Chile.

La literatura centroamericana ha logrado, estos últimos años, mostrarnos una serie de novelistas con una gran capacidad humana, que se expresa no en intenciones retóricas, ni de falsas vidas de personajes, sino en una experiencia directa, apasionada